

El éxito es el licor generoso que, tomado gota á gota, eleva, reanima, fortifica, pero que, absorbido sin medida, embriaga, enerva y enflaquece.

¡Oh! Sin duda es necesario á la inteligencia, á quien Dios ha dado la misión de iluminar y de atraer, un poco de estímulo, como es necesario al corazón un poco de afecto; pero á una y á otro es necesario un aplauso delicado y moderado, una manera de decirle ¡gracias! sin que apenas se aperciban de ello.

Los santos han tenido miedo á tener mucho éxito en la tierra; les parece que es arrebatarles una parte de su recompensa en el Cielo el aplaudirles demasiado; y cuando el éxito les rodea con su aureola, y cuando el ruido y el renombre les persigue, tienen miedo, se esconden y exclaman: «Señor, escondedme.»

Su oración es el deseo de la violeta que pide al ángel de las flores, que le ofrecía una recompensa por el perfume que exhalaba: «*Un poco de hierba para ocultarme.*»

Si se quisiera saber cuál es en la tierra el alma más santa, se podría responder: «*La que hace más y procura esconderse más.*»

XXII

Un cristiano que se creía caritativo.

De rodillas ante un crucifijo, un anciano que sentía lenta pero progresivamente llegar la hora de la inacción, de las enfermedades y de la parálisis completa, decía dirigiéndose á Dios:

—Lo acepto todo, todo, ¡oh Dios mío! ¡tengo tanto que expiar! Pero, ¿no podriais, Vos que sois tan bueno, al aumentar mis dolores, dispensar á los que amo de las fatigas, de los disgustos, de los gastos que les va á imponer mi humillante situación?

Entonces le pareció que el crucifijo le decía: «¡Pobre! Ignorante de las cosas de Dios, tú no quisieras dejar á los tuyos otra cosa que dulces recuerdos.

—¡Ah, Señor! Me aman tanto, tienen ya

tantas molestias materiales, que voy á ser para ellos un exceso de trabajo y de molestia. ¡Señor, excusádselo!

—Dices que te aman; pero qué poco los amas tú. ¡Pobre, pobre ignorante, si tú supieras qué tesoros de gracias les reservo por los cuidados que te prodiguen! En cambio de las largas horas que te sacrificuen, de los negocios que descuiden y de la molestia que resulte de los gastos que hagan por tí, les reservo la paz del corazón, las alegrías del alma y la satisfacción interior del sacrificio, que son un gusto anticipado del Paraíso; y allá arriba, ¡oh!, cuántas gracias te darán por haber sido causa de su felicidad.

Si nada de esto quieres para ellos, acepto tu oración. Se verán privados de todo esto, y durante toda la eternidad te reprocharán por un afecto tan poco sobrenatural.»

El anciano bajó un momento la cabeza y se puso á llorar... Después, levantando lentamente los ojos á la imagen de Jesús crucificado, su mirada se detuvo un instante sobre

el rostro tan afligido de María, á quien su Hijo dejaba sufrir, y del fondo de su corazón salieron estas palabras: *Para mí y para todos aquellos que me aman, todo lo que queráis, Dios mío, todo.*

XXIII

Rezad vuestro rosario.

SENCILLA NOVELITA

I

Alicia era una de las jóvenes que más brillaban en París; rica, atractiva, por todas partes era festejada; y obteniendo todos los días estos pequeños triunfos de amor propio que embriagan, no podía permanecer encerrada: le era necesario brillar. Su vanidad se ponía en lugar de verdaderas necesidades y de legítimas obligaciones. Su madre comprendió demasiado tarde el mal que había hecho á su hija, y para hallar un remedio se alejó de París y la llevó consigo á una posesión campestre que había heredado. Alicia le dijo que

allí se moriría. Sin embargo no murió... pero se fastidió. Su madre le dijo un día:

—Estás muy pálida, Alicia, y por lo mismo deberemos permanecer aquí largo tiempo; pero advierte que nada roba tanto el color á las mejillas como el fastidio.

Esto era atacarla por el lado más flaco: *Ser menos bonita*. ¡Oh! Ella no quería ya fastidiarse; ¿pero cómo hacer?

II

Un día, hacia la mitad de la Cuaresma, su madre le dijo:

—Será necesario pensar en cumplir con la Iglesia.

Alicia hizo una mueca poco graciosa, y respondió:

—Es verdad.

Había en la aldea un párroco ya anciano, que venía algunas veces al castillo y traía siempre con graciosa sonrisa una de esas buenas palabras que son para las almas puras lo que el rocío para las plantas.

Su palabra, sin embargo, no entraba en el corazón de Alicia, que la juzgaba más propia para dirigir aldeanos que *almas... menos vulgares*.

Y, sin embargo, era necesario acudir á él para confesarse.

No sabemos lo que ella dijo en el confesionario, pero se alejó de él mordiéndose los labios.—Un resto de respeto le impidió dejar que se le escapase una sonrisa burlesca.

Su madre, inquieta, le habló del señor cura.

—Es un pobre hombre,—respondió ella.—A cada una de mis observaciones, me repetía: «*Rece el Rosario.*»—Y añadió en voz baja: «*Buen consuelo es rezar el Rosario.*»

Ella tuvo que volver á confesarse, y oyó el mismo consejo: «*Rece Ud. el Rosario.*»

Cumplió con la Iglesia; pero se resolvió á no volver á exponerse á este monótono estribillo, bueno sólo para las viejas: «*Rece el Rosario.*»

III

A la vecina aldea fué á predicar el Mes de María un orador de renombre, y la madre de Alicia creyó que no podía rehusar á su hija el ir á consultarle.

Recibidas ambas con cortesía, la madre expuso el objeto de su visita.

—Pero,—dijo el religioso,—la señorita tiene en su párroco un guía que el Cielo le ha dado, y que, con preferencia á mí, ha recibido de lo alto la misión de dirigir su alma.

—Pero, Padre mío,—respondió con viveza Alicia,—él no me comprende, ni me responde, sino que á cada una de mis palabras no sabe otra cosa que oponer este consejo monótono y vacío de sentido: «*Rece Ud. el Rosario.*»

—¿Quiere Ud. que le cuente una historia, señorita?—dijo sonriendo el religioso.

«Conocí á un padre de familia que, obligado á permitir que su hijo fuese solo á París para cursar Derecho, y conociendo los peli-

gros y tropiezos de la gran ciudad, al dar á su hijo el dinero necesario no le economizó los consejos.

»Entre ellos, uno era el que procuraba inculcarle con más ardor, por lo que se lo repitió varias veces.

—»Mira, hijo mío, añadido á tu equipo este voluminoso libro que aquí leemos en familia: *La vida de los santos*. Yo lo he recibido de mi padre cuando tenía tu edad, y me ha preservado de muchos peligros. Prométeme leerlo, sobre todo en tus momentos de estrechez.

»El hijo prometió... pero los estudios y las diversiones le quitaron el gusto de *La vida de los santos*, y el volumen quedó en el fondo de su maleta.

»El dinero pronto desaparece en París... No tardó en faltarle al joven estudiante, que lo pidió á su padre pretextando la compra de libros muy caros, y el padre respondió: *Lee la vida de los santos.*

»Y cada vez que semejante demanda llegaba al hogar paterno, volvía á París la res-

puesta invariable: *Lee la vida de los santos.*

»Ya el joven estaba fastidiado de esta respuesta irónica, y *La vida de los santos* permanecía inerte en el fondo de la maleta.

»Tomó dinero á préstamo, y aproximándose el día del vencimiento de sus obligaciones, confesó todo á su padre, esperando terribles reproches; pero nada... llegó el invariable refrán: *Lee la vida de los santos.*

»Esta vez tampoco hizo caso. Ya había vendido todo cuanto tenía, sus libros... excepto, sin embargo, aquella *Vida de los santos* que tanto interesaba á su padre; todavía estaba en el fondo de la maleta, de la cual también quería desembarazarse. Toma la *Vida de los santos*, la abre... ¡Oh felicidad! Encuéntrase en la primera hoja un billete de banco, luego otro y otro... que su padre, previsor, había colocado allí.»

IV

—Mi historia ha agradado á Ud.—dijo el

religioso sonriendo y mirando á Alicia, que bajaba la cabeza.

¡Quién sabe si, entre las cuentas de ese rosario que Ud. desprecia, se encontrará alguna preciosa perla!

Cuando esté Ud. sola, diciendo: *Dios te salve, María*, ¿no le parecerá que María la acompaña, y que está con Ud.?

Llamándola *llena de gracia*, quizá la vea usted *graciosa, amable*, laboriosa, caritativa, y se sentirá Ud. inclinada á parecerse á Ella.

Suplicándola que *ruegue por Ud.* sentirá Ud. que lo hace y será Ud. confortada.

Ea, pues, señorita, como su buen cura, yo la repetiré: *Rece Ud. el Rosario.*

V

No había pasado un mes de esto, y Alicia era la alegría de su madre, é iba gozosa á pedir á su Cura licencia para comulgar cada ocho días.

XXIV

Una antigua devoción que debe renovarse.

LA SANTA ESCOBA

Esta devoción ha sido introducida por un santo obispo, Mons. de Prilly.

En 1820 era Superior del Seminario menor de Aviñón, y viéndose servido por los demás, tuvo la inspiración de hacer por Nuestro Señor Jesucristo lo que hacen por sus amos tantos buenos y abnegados servidores, y hacerse materialmente el criado de Jesucristo.

Pero qué, ¿antes no lo era? ¿No era el escogido por Jesucristo para trabajar en su casa como él, en calidad de superior, había escogido su personal?

¿No estaba pagado por Jesucristo, como él, en calidad de superior, pagaba á los que desempeñaban los trabajos de la casa?

Todas las mañanas un criado iba á arreglar

su cuarto; ¿y por qué no iría él á arreglar el cuarto de Jesucristo, á barrer, á poner en orden el departamento que habita y que se llama *la capilla*?

Vedle, pues, convertido en doméstico de Jesucristo.

Y desde que se levantaba bajaba á la capilla, se revestía una sobrepelliz y se ponía á barrer, contento con tributar este servicio.



Nombrado obispo de Châlons, escribía á uno de sus sacerdotes, recordándole ese tiempo feliz en que era más dueño de sus actos:

«Pluguiese á Dios que mi vida se hubiera pasado, no en la grandeza actual, sino en barrer la santa casa del Señor. En ese tiempo lo hacía muchas veces. Yo había establecido la devoción de la *santa escoba*, como la llamaba. Esta devoción ha permanecido, y la iglesia ha ganado mucho en orden y limpieza. Ciertas gentes se burlaban no poco de mí: *El superior*, decían, *hace una cosa que no*

conviene. Yo les dejaba hablar, y seguía mi práctica en la que encontraba gran contento.»



¿Quién sabe si este simple recuerdo no irá á despertar en favor de Jesucristo, cuya casa está tan á menudo entregada á manos mercenarias é irrespetuosas, un pensamiento de abnegación?

¿Quién sabe si en algún día de esta semana el cura de vuestra parroquia os verá llegaros á él, con un poco de timidez, á pedirle como una gracia barrer al menos el presbiterio?

¡Oh! Señoras, poned con santo orgullo sobre vuestros hermosos vestidos el delantal de la criada, é id á ser realmente las servidoras de Jesucristo.

Lo que no hariais por vosotras, lo que hacéis algunas veces con gusto y generosidad, en la bohardilla del pobre enfermo que visitáis, hacedlo por vuestro Señor Jesucristo.

Puede ser que en el último día, este acto de afecto filial y de piadosa humanidad que

el mundo ve con indiferencia ó desprecio, sea contado entre los actos más meritorios de vuestra vida.

XXV

El último recurso para conducir un alma á Dios.

Un sacerdote vió arrodillarse á sus pies á una mujer, en cuyo exterior todo anunciaba la opulencia.

—¡Padre mío,—dijo bañada en lágrimas y con acento que indicaba que estas palabras salían de un corazón profundamente conmovido:—padre mío, yo quisiera volver á Dios, pero no puedo, no puedo. El amor del mundo me domina, los placeres me seducen, mis pasiones me encadenan; padre mío, ¡tened compasión de mí!

He puesto en práctica la confesión frecuente, la comunión semanal, la meditación diaria... Y soy la misma siempre. Se me había dicho que un retiro me conduciría al bien; lo he llevado á cabo, y con todas las fuerzas de

mi alma he prometido á Dios pertenecerle... pero algunas semanas después volví á ser la que era.

—*Dad muchas limosnas*,—se me ha dicho:—*la limosna cubre la multitud de los pecados*. ¡Ah! La limosna no ha impedido mis muchas debilidades.

—«Rogad á la Santísima Virgen, á esta Madre de los desamparados; á la Santísima Virgen, á quien conmueven todas las lágrimas y que para todas las miserias tiene palabras de esperanza.» La he rogado, la he suplicado mucho; pero ¡ah!... Sin embargo, quizá María me trae á vos como último recurso.

Padre mío, ¿qué haré? ¿Qué medio de salvación me queda aún?

El sacerdote había escuchado en silencio, con las manos juntas y el alma recogida, y como respuesta á esta última pregunta: *¿Qué medio de salvación me queda?*—dejó caer esta sola palabra: *¡la desgracia!*

Se pasaron muchos días, y ella volvió; pero

sus vestidos eran vestidos de duelo, su rostro ajado indicaba que muchas lágrimas, lágrimas muy amargas habían fluído de sus ojos; volvió humillada, pero tranquila. Todo lo había perdido: familia, fortuna, posición. *En cambio había encontrado á Dios.*



¡Oh desgracia! ¡Angel aterrador para los ojos humanos! ¡Desgracia, mensajera secreta de la misericordia divina y de la última hora, tú á quien todos tememos, á quien todos quisiéramos alejar! ¡Ven, ven, prosigue hasta que hieras al alma extraviada y la lledes á Dios!

XXVI

La sembradora de lirios.

Gracioso nombre dado por *El Rosal de María* á una joven que pasaba la vida contenta, confiada y resuelta, derramando á Dios por todas partes, como la flor derrama su perfu-

me, como la lamparita irradia su luz, como el hogar reparte su calor.

Tenía dieciséis años, y acababa de dejar los muros benditos del colegio para volver á entrar en el seno de la familia. La principal ciencia que había aprendido era *cómo se ama á Dios*.

Saber amar á Dios, es la ciencia que reemplaza á todas las otras; es la que da todas las demás. ¡Oh! ¡Si la hubieseis comprendido, madres que os quejáis de no ser respetadas por vuestros hijos!

El último día de su vida de colegio, al recibir la comunión, ella, hasta entonces tan indiferente en apariencia, se sintió vivamente impresionada, y llena de grande resolución dijo á Dios: «*Dios mío, os juro que trabajaré en ganaros almas.*»

¿Cómo? No lo preguntó. ¿Qué le importaba después de todo? Dios se lo diría.

-e-

Como respuesta á su generosa palabra, el

sacerdote, dando á las alumnas sus últimos consejos, les decía:

«Id, niñas, id á derramar en torno vuestro la semilla de la divina palabra que habéis recibido aquí. No seáis de esas flores artificiales que no encantan sino á los ojos: sed flores vivas, flores del Paraíso. Penetrad en las almas, y dejad en ellas de lo que hay en vosotros: una parte de Dios! *Sembrad lirios* en torno vuestro, y que, viéndoos, se sientan los demás atraídos á la virtud, á la piedad, al deber; *sembrad rosas* en torno vuestro, y que, viéndoos, sientan los demás inclinación á darse, á sacrificarse.»

Al oír esto, la joven se dijo en voz baja: «Yo seré sembradora de lirios.»

Al día siguiente de su llegada, pidió sencillamente á su madre permiso para ir á Misa todos los días.

—¿A Misa? Pero si no es domingo, hija mía.

—Mamá, déme Ud. ese gusto... No me privará Ud. de él, ¿verdad?

—Pero...

—No hay peros que valgan; gracias, mamá. Partió gozosa; la anciana nodriza de su madre, con quien se había concertado de antemano, la acompañaba. Así sucedió todos los días, y volvía del templo tan alegre, tan solícita en dar gusto á todos, que su madre se arrepintió de haberla contrariado.

Iba á hacer provisión de lirios...



El viernes sirvieron carne en la mesa. Allí, como en muchas otras familias, no se cuidaban de las leyes de la abstinencia.

—Mamá, prefiero comer de vigilia.

—Pero, hija mía, tu papá no puede hacerlo, yo tampoco, y tú estás muy débil.

—¿Yo? ¡Oh, no!... Y volviéndose á su padre:

—Papá, ¿me dará Ud. ese gusto?

Abrazó á su padre, que la miraba con ojos llenos de lágrimas de ternura. ¿Cómo hacer sufrir á aquella niña tan buena, tan sumisa, tan solícita?

Y á causa de ella se sirvieron dos platos

de vigilia todos los viernes, y la comida en ese día era más alegre que de costumbre.

La simiente de lirios comenzaba á germinar.



Eran los primeros días del invierno.

—Mamá, ¿sabe Ud. si los criados rezan?

—Si he de decirte verdad, no lo sé, hija mía.

—Entonces voy á enterarme. ¿No le parece á Ud. bien, mamá?

Y vedla corriendo, ligera y risueña, adonde los criados platicaban en corro junto á la chimenea.

—Vamos,—les dijo,—antes de acostarnos á rezar juntos una oracioncita; es muy corta.

Dijo esto con gracia tan encantadora, que ninguno pareció admirado; y luego, ¿cómo desairar á la que todo el mundo llamaba un ángel, y que siempre era buena, siempre amable para todos?

Rezó una corta oración, dijo alguna palabra acerca de Dios, y añadió un *buenas no-*

ches tan gracioso, que todo el mundo quedó encantado. Volvió al día siguiente, y luego todos los días.



Un mes después dice á su padre:

—¡Oh! ¡Si supiese Ud., papá, qué buen ratito se pasa allá abajo, en la cocina! Venga conmigo.

Diciendo esto, toma á su padre de la mano y le lleva á la cocina; y este hombre de mundo se siente allí conmovido y dichoso por el ascendiente de su hija.—Salió de allí con lágrimas en los ojos.



A este punto ha llegado su éxito, y quiere más todavía.

¡Oh! Continúa, amable niña; continúa yendo todos los días á renovar durante la Misa y en la comunión tu promesa *de ganar almas para Dios*.

Continúa sembrando lirios.

¡Animo! Tu padre y tu madre no resistirán mucho tiempo á tu influencia, y darán gracias

á tus maestras, *que sobre todo te enseñaron á amar á Dios*.

XXVII

Dejad que obre Dios. Dios no obra mal.

¿Quién es el que ha venido á murmurar dulcemente á mi alma esta palabra de paz, de esperanza y de amor?

¡Bendita seas! ¡Amada voz que me la traes!

Bendito seáis sobre todo, Vos. ¡Oh Dios mío, que me la habéis enviado en la hora en que me sentía próximo á sucumbir al desaliento, á la murmuración quizá contra Vos, ¡oh Señor!, ¡oh Padre tan bueno y tan amoroso!

¡Oh! ¡Cuán tranquilizadora, cuán dulce es esta palabra al corazón, palabra tan sencilla cuanto verdadera, que yo jamás había oído:

Dejad obrar á Dios; Dios no obra mal.



No, no, pobre alma mía, pobre alma que tiembles á vista de esta prueba que viene á ti

amenazadora, como tiembla el enfermo á la vista del cirujano que á su vista prepara los instrumentos con que va á hacerle una incisión dolorosa: *No, no, Dios no te hará mal.*

Déjale obrar; es muy bueno Dios, y Él es quien con sus manos divinas prepara el instrumento que debe curar una llaga que tú no ves, pero que poco á poco te iría quitando la vida.

Y á este instrumento, criatura humana, algunas veces malvada, las más ligera y engañada, no permitirá que hincue su punta acerada sino en cuanto sea necesario para curarte.

Y allí estará presente, Él, el hábil operador. Él, siempre seguro de lo que hace, siempre misericordioso, estará allí teniendo en una mano el instrumento del dolor, dirigiéndolo, conteniéndolo, y con la otra sosteniéndote á ti, pobre enfermo. Él estará allí llorando contigo en vista de las lágrimas que se ve obligado á hacerte derramar.



¡Oh Jesús! Esto es lo que habriais hecho si, cuando estabais sobre la tierra, hubiera acudido á Vos, como vengo ahora, temeroso, ansioso, temblando por la desgracia que ahora me amenaza y gritandoos ¡*Evitádmela!*

Decidme que sois Vos quien me envía esta prueba.

Vos, que, durante todo el tiempo que pese sobre mí, estaréis á mi lado.

Vos, cuya mano paternal no dejará un solo instante entregada á su malicia ó á su ligereza á la criatura que os sirva de instrumento.

Y cierro los ojos; y arrojándome en los brazos de la Santísima Virgen María, dejo que Vos obréis.



¿Y después?... Después... Lo que hayáis previsto, lo que hayáis ordenado, ¡oh Dios mío! Sea el abandono, sea la pobreza, sea el desprecio, sea larga y humillante enfermedad...

¡Pero con esto la paz, la sumisión; siempre la acción de gracias al través de las lágrimas!

¿Y después?... El Cielo con Vos, ¡oh Dios mío!

XXVIII

La caída de las hojas.

Caen las hojas amarillentas, aun cuando la atmósfera está dulce y en calma y ni el menor viento las sacude.

Caen porque no tienen savia; hacen un ruido apenas perceptible al arrancarse del árbol, y nada más; quedan en el suelo mientras el viento no las dispersa ó el pie del viandante no las reduce á polvo.

Siempre esta caída de las hojas produce en el alma cierta melancolía. El pobre corazón humano siente que en su vida sucede algo de lo que sucede en el árbol de la selva.

En la primavera todo verdea, todo se abre, todo florece; el cuerpo, la inteligencia, el corazón. ¡Es tan azul el cielo que entonces nos rodea, tan brillante el sol que nos sonríe, tan

fecúnda la vida que nos anima, tan graciosos los vuelos de la ilusión que nos rodea!

Pero qué, ¿esto no debe durar siempre?... ¿*Siempre?*... Palabra engañadora que debería borrarse del lenguaje de los hombres que no saben mirar al Cielo. Viene el otoño. Dejemos á un lado el rosa que en las mejillas palidece, y los negros cabellos que empiezan á verse salpicados por finos hilos de plata; no miremos sino caer las ilusiones de la juventud.



¡*Amistades de los primeros días*, tan frescas, tan dulces, tan vehementes, que tanta alegría procurabais y parecía que ibais á ser eternas! ¡Tan insensiblemente se borran, como el día en el último crepúsculo; es la muerte, es la separación, es la indiferencia la que causa esta muerte, y el corazón queda triste, desanimado: ¡*hoja caída!*

Protecciones con que contábamos y de las que se decía: *he aquí el apoyo de mi debilidad.* ¡Se han retirado, resfriado quizá á causa de nuestra misma desgracia, y henos aquí